



**DALE ALEGRÍA
A MI CORAZÓN**



Guanella, Emiliano

Dale alegría a mi corazón / Emiliano Guanella ; adaptado por Emiliano Guanella.
- 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2025.
256 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1580-0

1. Fútbol. 2. Argentina. 3. Deportes. I. Guanella, Emiliano, adapt. II. Título.
CDD 796.334

Dale alegría a mi corazón

Título original: *Argentina, la passione*

Copyright © 2023 by Emiliano Guanella

Esta adaptación se publica por acuerdo con Gemma Edizioni

Derechos en español para Argentina y América Latina

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2025

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina

Tel.: (54 11) 4943 8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Carolina Genovese

Edición: Camila D'Angelo

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Diseño: Claudia Solari

Fotografía de tapa: Claudia Conteris

1ª edición: enero de 2025

ISBN: 978-950-02-1580-0

Impreso en Buenos Aires Print,
Sarmiento 451, Lanús,
provincia de Buenos Aires,
en enero de 2025.

Tirada: 3500 ejemplares

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Los consejos dados por el autor en este libro son recomendaciones abiertas y generalizadas. De ningún modo reemplazan o pretenden reemplazar el asesoramiento o consejo profesional especializado y personalizado en la materia. Consulte con su profesional especializado y personalizado antes de poner en práctica cualquier sugerencia y/o consejo que el autor pueda indicar en el presente libro. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de los consejos, sugerencias o prácticas que puedan ser propuestas por el autor en el presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley nº 11.723).

Emiliano Guanella



**DALE ALEGRÍA
A MI CORAZÓN**

**Del fútbol de potrero hasta
la victoria de la Copa del Mundo**

 *Editorial El Ateneo*



ÍNDICE

11 INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

21 LA SELECCIÓN

CAPÍTULO 2

29 EL GRAN AYUNO

CAPÍTULO 3

37 LA VUELTA AL MARACANÁ

CAPÍTULO 4

57 ELIJO CREER

Historias de hinchas

Club Atlético Boca Juniors / **68**

Club Atlético River Plate / **73**

CAPÍTULO 5

79 LA GRIETA

CAPÍTULO 6

85 LA VIOLENCIA

CAPÍTULO 7

89 LA INVASIÓN EN QATAR

CAPÍTULO 8

99 MUCHACHOS

Historias de hinchas

Racing Club / **103**

Club Atlético Independiente / **108**

Club Atlético San Lorenzo de Almagro / **112**

CAPÍTULO 9

117 ARABIA SAUDITA: EL GRAN MIEDO



CAPÍTULO 10
125 LA CABALGATA

CAPÍTULO 11
135 ¿QUÉ MIRÁS, BOBO?

CAPÍTULO 12
147 DIEGO, DESDE EL CIELO
Historias de hinchas
Club Atlético Tigre / 157
Club Atlético All Boys / 162
Club Atlético Nueva Chicago / 167

CAPÍTULO 13
171 LA IGLESIA MARADONIANA

CAPÍTULO 14
177 NARRAR EL FÚTBOL

CAPÍTULO 15
183 LA FINAL

CAPÍTULO 16
203 LA GRAN FIESTA
Historias de hinchas
Club Atlético Newell's Old Boys / 211
Club de Gimnasia y Esgrima La Plata / 214
Club Atlético Belgrano / 220

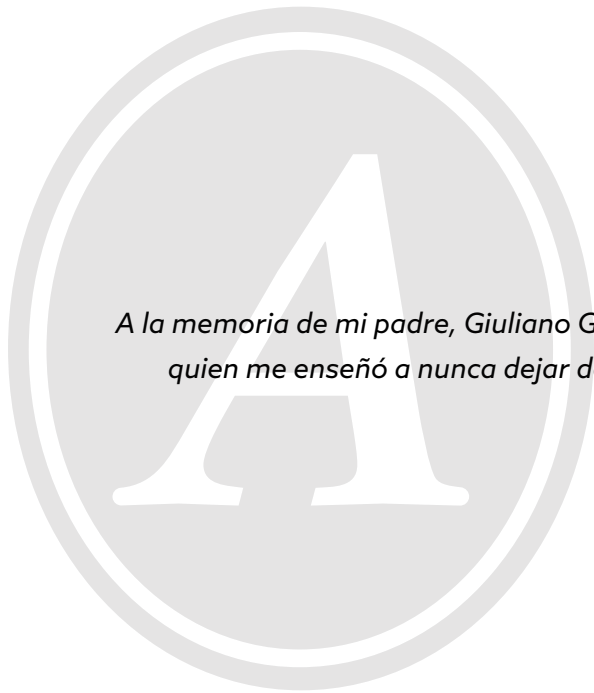
EPÍLOGO
225 SEGUIR GANANDO

233 MARCAS MENCIONADAS

245 AGRADECIMIENTOS

249 BIBLIOGRAFÍA

255 SOBRE EL AUTOR



*A la memoria de mi padre, Giuliano Guanella,
quien me enseñó a nunca dejar de luchar.*



INTRODUCCIÓN



Todos recuerdan la película *El secreto de sus ojos*, ganadora del premio Oscar 2010 y con Ricardo Darín como protagonista, en el papel del inspector de policía Benjamín Espósito. Una de las escenas más famosas del largometraje retrata al valiente asistente Pablo Sandoval leyendo en un bar las cartas del presunto asesino que todos estaban buscando. Los escritos estaban dirigidos a la madre y plagados de referencias a jugadores que han hecho la historia del mítico Racing Club de Avellaneda, uno de los clubes con la afición más apasionada de Argentina. El escribano Andreta los recuerda a todos, con detalles sobre goles anotados y fallados, grandes partidos y actuaciones decepcionantes. Recita las formaciones de memoria como un niño en una obra de fin de año:

Juan Carlos Oleniak: debutó en Racing en el año 60; en el 62 pasó a Argentinos Juniors; en el 63 volvió a Racing. En un clásico con San Lorenzo le dieron un empujón, lo metieron de cabeza en el foso.

Y aún más: "Pedro Waldemar Manfredini: se lo compraron los mendocinos por dos pesos y resultó ser un jugador extraordinario para su época. Increíble. Julio Bavastro, puntero derecho, jugó solo dos partidos entre el 62 y el 63 sin abrir el score".

Entonces Sandoval le pregunta:

—Escribano, ¿qué es Racing para usted?

—Bueno, una pasión, querido.

—¿Aunque hace nueve años que no sale campeón?

—¡Una pasión... es una pasión!

Es ahí donde comienza el monólogo que ha enamorado incluso a los jurados de la Academia. Sandoval se ilumina y se dirige a Espósito: "¿Te das cuenta, Benjamín? El tipo puede cambiar de todo. De cara, de casa, de familia, de novia, de religión, de Dios, pero hay una cosa que no puede cambiar, Benjamín. No puede cambiar ¡de pasión!".

Esta es la razón de este libro: contar la pasión de un país entero por el fútbol. Pasión que marca la vida de cada barrio, pero también la historia de cada familia, el club del corazón es como una fe que se transmite de generación en generación.

Campeonato tras campeonato, se vive la Copa Nacional y luego los desafíos siempre épicos de la Copa Libertadores. Son escenarios de momentos memorables que se recuerdan en las cenas de Navidad o en los encuentros entre amigos o viejos compañeros de escuela.

“¿De qué cuadro sos?” es la pregunta que necesariamente surge en la primera cita, en una entrevista de trabajo, después de la primera cerveza con alguien en un bar o al brindar con vino en un asado. Ser de un equipo significa también cargar con su apodo de referencia, no siempre elegante, pero que se expone como una medalla al mérito, con el pecho inflado de orgullo. Una nación futbolera formada por bosteros, gallinas, cuervos, rojos, canallas, leprosos; Boca Juniors, River Plate, San Lorenzo, Independiente, Rosario Central, Newell's Old Boys y así sucesivamente.

Colores y pasiones que se calman en un solo momento: cuando juega la selección. Es el equipo de todos, que todos pueden amar y criticar, insultar, besar y odiar según el resultado. La albiceleste no es necesariamente más amada que el propio club; mucho depende de los resultados o aún más de una palabra que para un hincha argentino significa todo, la *entrega*: cuánto se ha dado en el campo, cuánto empeño han puesto los jugadores, porque por la camiseta de la selección se debe dar todo, no se puede escatimar.

El pico de la fascinación se materializa cada cuatro años en el rito pagano de los campeonatos mundiales. Un torneo que para los argentinos no dura un mes, sino un año entero, o a veces más. Comienza mucho antes del primer partido: con las expectativas, la tensión, la cábala y las promesas. Termina mucho después, para bien o para mal, porque las derrotas se

viven con la misma intensidad que las victorias. Con el tiempo, la vida nos enseña que las derrotas son más numerosas que las victorias; es la ley de los grandes números, pero poco importa, lo primordial es estar ahí.

La pasión y el destino hicieron que la selección argentina, ese equipo que mágicamente logra poner de acuerdo a los hinchas de Boca con los de River o a los dos barrios rivales de Rosario, se convirtiera por tercera vez en campeón en el primer Mundial sin el dios futbolístico por antonomasia: Diego Armando Maradona. *D10S* fue evocado en cada instante entre Doha y Buenos Aires, y quizás no sea casualidad que la tercera estrella mundial de Argentina haya llegado en la última oportunidad de su heredero natural e indiscutido, Lionel Andrés Messi Cuccittini, también zurdo, también maravillosamente decisivo.

Un triunfo que ha sido mucho más que un resultado deportivo, porque llega en un momento particularmente delicado desde todos los puntos de vista. Fue una felicidad que permitió que la constante crisis que atraviesa la nación no fuera la protagonista esta vez. Muchos hinchas que entrevisté en Buenos Aires pocas horas antes de la gran final me han confesado:

En este desierto hemos encontrado un oasis. Todos sabemos que una estrella en la camiseta no cambia el destino del país, pero para todos nosotros este mes significó muchísimo. Volvimos a sonreír y abrazarnos, a estar juntos sin pensar en el mañana. Puede parecer poco, pero en estos tiempos vale muchísimo.

Sabe algo de eso Mauricio, que perdió a su papá a principios de marzo del año del Mundial. Juan Domingo Miguez se había jubilado después de una vida trabajando en la industria del petróleo en Comodoro Rivadavia, a las puertas de la Patagonia más dura. Pozos y taladros, al viento y al frío, para poder mantener a su familia. Un cáncer de pulmón se lo llevó en cuestión de meses; dejó a su esposa y a dos hijos.

La noche del 18 de diciembre, un país entero explota en un grito de fiesta por el título mundial conquistado en el estadio Lusail, en Qatar, por la selección de Lionel Messi y sus compañeros. Mauricio tiene 19 años y vive el fútbol como cualquier otro joven de su edad, con extraordinaria pasión. Por eso no duda en salir a la calle a celebrar, mezclándose en el torrente humano que atraviesa las calles del centro de su ciudad. Cuando pasa frente a las cámaras de los canales de televisión locales, los cronistas lo notan de inmediato. Mauricio tiene el torso desnudo, la bandera albiceleste sobre los hombros y sobre la cabeza lleva una caja de madera con la foto de un hombre sonriente y el mar frío del sur atrás. Es la urna con las cenizas de su papá, también presente en la fiesta del Mundial.

Mi padre me enseñó mucho; vino de Mendoza hasta aquí para trabajar en los pozos petroleros, sacó adelante a una familia con muchos sacrificios; se fue justo cuando podría haber comenzado a descansar y disfrutar un poco más de la vida. Mauricio llora y es feliz al mismo tiempo; siente que

está viviendo un momento inolvidable para él y para su nación; su papá no podía no estar ahí con él. “No era un fanático del fútbol, pero cuando Boca Juniors o la selección jugaba un partido importante le gustaba verlo conmigo. Él también creía en este Mundial, amaba a Messi como lo amamos todos nosotros”. Es la historia de una pasión transversal, una emoción que acompaña a cualquier argentino, porque aquí el fútbol es una religión, una brújula, una manera de entender la vida.

También a 14.194 km de distancia de Comodoro Rivadavia se desata el delirio. A las 15:12, hora de Doha, Gonzalo Montiel anotó el penal decisivo que le dio a la Argentina su tercer título mundial. Del primer tiro desde el punto penal, realizado por Kylian Mbappé, al suyo han pasado 5 minutos y 44 segundos. Una eternidad, una película de sensaciones, de miedo y entusiasmo, de lágrimas y alegría. La mitad de los argentinos no había nacido aún cuando Diego Armando Maradona levantaba la Copa en el cielo del Estadio Azteca en Ciudad de México. Pero el pensamiento de todos también va hacia él, que se fue hace apenas dos años. Comodoro Rivadavia, Qatar, Buenos Aires, una pelota como eje de las emociones y de la vida.

Un hombre de alrededor de 70 años tiene lágrimas en los ojos, pero frente a la cámara encuentra las palabras adecuadas para describir una alegría que supera los estrechos límites del triunfo deportivo:

Hoy en Argentina no tenemos muchos motivos para ser felices. No somos serenos ni confiados respecto al futuro, pero desde hace un mes vivimos en un limbo; hemos olvidado todos estos problemas y esto se lo debemos a Messi y compañía. Nos merecemos esta alegría, de verdad, la merecemos.

Argentina ha vivido un torbellino de emociones en busca de su tercer título mundial. En esencia, los argentinos han elegido creer fuertemente en un sueño y han hecho de este proceso de construcción colectiva el motor de una felicidad imposible de conseguir en otro lugar. Han querido olvidar las obligaciones cotidianas y los errores de la sociedad en su conjunto, y lo han hecho perfectamente a conciencia. De esta experiencia colectiva no saldría un nuevo país, todos sabían que, al finalizar el Mundial, se volvería a las reglas y a los problemas, pero el juego ha servido, de todos modos, para abandonar el sentido de frustración y olvidarse de casi todo en nombre de una momentánea y seguramente irracional sensación de felicidad colectiva.

Si para los 26 futbolistas en Qatar el Mundial ha sido el ápice de su carrera deportiva, para 45 millones de argentinos ha sido el territorio neutro en el cual han podido durante un mes inventar una nueva dimensión social, más ligera y despreocupada, pero no por ello menos intensa en términos de pasión y participación colectiva. El lema es "Jugamos todos, cada uno con su forma de ser, ganamos todos". Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, tibios y fanáticos, todos han sido protagonistas,

junto a su selección, de un largo festival de emociones generalizadas, que luego fueron amplificadas por el universo de las redes sociales y la cobertura mediática de uno de los máximos eventos a escala planetaria. Ellos, los argentinos, en el centro, el resto del mundo como espectador de una locura, una pasión difícil de captar en su totalidad para quienes la observaban desde afuera. Definitivamente valió la pena, también porque hacía muchos años que no se sentía algo así.

La felicidad de la victoria final ha sido la cumbre de este proceso, pero para muchos fue la consecuencia lógica de tantos esfuerzos, de tanta determinación, de tanta pasión. Es como si los planetas se hubieran alineado para que todo, finalmente, pudiera funcionar. Un resultado que llegó de manera no lineal, con mucho sufrimiento, en el campo y fuera de él, fiel al estilo de un país acostumbrado a vivir en montañas rusas, siempre al borde de la gloria y del abismo.

Este libro intenta relatar esta pasión, sin pretender ser exhaustivo y sin la obligación de un análisis racional. Quien escribe ha vivido 13 años inmerso en ese atroz encanto de ser argentino, como lo definió el escritor Marcos Aguinis, y ha podido tocar con las manos la importancia del fútbol en el universo afectivo, cultural y social del país de Messi y Maradona. El país de los potreros, los canchones de arena y cemento, el sudor de los estadios y las cábalas infinitas, los recuerdos, las tradiciones, la memoria afectiva que se hace carne viva en el relato y las experiencias que se repiten de padres a hijos. Locura y racionalidad, suerte y sacrificio, perseverancia y azar, como la línea sutil que traza el destino y separa la gloria del olvido. Es el país de quienes han soñado con una pelota desde el debut hasta la final de un Mundial jugado y vivido como

un largo y embriagador tango, con ese emocionante vaivén de emociones propio de las grandes conquistas argentinas, donde todo puede estallar por un detalle y cada certeza es reexaminada. El triunfo ha mostrado al mundo la fuerza de la pasión y la genial locura de los festejos, con 5 millones de personas en las calles de Buenos Aires bajo un sol abrasador.

La gran historia del Mundial se entrelaza luego con el relato de hinchas comunes y excepcionales al mismo tiempo, con su devoción por el club del corazón, todos rigurosamente parcializados en las competiciones locales, todos tremendamente argentinos cuando se apoya a la selección. La familia, el barrio y el estadio con banderas y cantos son el combustible que alimenta la inquebrantable lealtad hacia su club. El fútbol que marca decisiones de vida está siempre presente en el álbum de recuerdos. Hay quienes han renunciado a oportunidades profesionales increíbles, quienes han perdido citas importantes, quienes han hecho malabares por no perderse un clásico, un ascenso o una final. Todos han sufrido las penas del infierno, han gozado como nunca en la vida, han llorado o reído durante meses y años por una derrota o una victoria. El club y la selección, la pelota más allá de todos los límites imaginables, un territorio mágico donde todo, o casi todo, está permitido.

Qatar 2022 fue para los argentinos un largo y a veces inesperado sueño. Una felicidad que llegó en el momento necesario, una fiesta liberadora como pocos se hubieran imaginado. De todas formas, también habría sido hermoso sin esa Copa levantada al cielo de Doha. Como en cada escalada, la cima fue la recompensa a tanto esfuerzo, pero lo que cuenta es el empeño y esto convierte a este triunfo en único, irrepetible.

Porque por una vez todos han reconocido el inmenso trabajo que hay detrás de cada victoria, cada paso ganado, cada pitido final. *Caminante, se hace camino al andar*, y en esta jornada todos han salido ganando, porque han sabido juntarse en un deseo en común.

Al despertar, esta magia queda como un dulce recuerdo. El vaivén de la vida, el trajín de los afanes diarios te obliga a volver a las obligaciones y a la lucha cotidiana de una época compleja. Todo, tras el Mundial, ha vuelto a ser como antes. Los problemas han quedado, así como esa sensación de incertidumbre sobre lo que vendrá, pero, siguiendo el dicho popular, nadie nos puede quitar lo bailado. ¿Quién podrá quitarles a Argentina y a los argentinos este largo, intenso y hermoso mes de felicidad colectiva?

